



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8893

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—*Provincias*.—Tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 104.—

CARTAGENEROS!

Si por desgracia se presentase el cólera ó la fiebre amarilla en esta ciudad, no temáis al contagio, si laváis vuestra ropa con la LEGIA JABONOSA de José Ignacio Miñabot, pues es el mejor desinfectante que se conoce, hasta el punto de que el gobierno de los Estados Unidos tiene ordenado su uso en todos los establecimientos oficiales de la República.

Para inteligencia del público esta Legia Jabonosa se diferencia de las otras en que su color es algo moreno y de paquetes, en que este lleva la Cruz de Malta por marca de fábrica.

[OJO]—No dejarse sorprender por las diferentes legias que se expenden en Cartagena con otros nombres. Pedit la Jabonosa que se vende en los establecimientos Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; Sres. Fernandez hermanos, San Miguel; D. Joaquín Barceló, Puerc de Murcia; D. Tomás Sosa, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Casteliní 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verdura; Sra. Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verdura 14; D. José Andrau, San Francisco, esquina Palas; D. Ginés García Cañabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, glorieta; D. Enrique Aragó, Duque 17; Sres. Cánovas hermanos, Santa Florentina; D. Antonio Conesa, Santa Florentina 37; D. Juan Roca, Caatro Santos 18 y D. José Pagán, Aire 8.

Único representante para las provincias de Murcia y Albacete, D. Fernando Giménez de Berenguer, Faquinetto 13, principal, Cartagena.

LUNES 22 DE JUNIO DE 1891

ALMANAQUE ILUSTRADO DE EL ECO DE CARTAGENA para 1892.

Se admiten anuncios en la Administración de este diario.

LA SEMANA ANTERIOR.

¡Qué semana vive el cielo para los pobres muchachos que estudiando los latines todo el curso se pasaron! ¡Qué tormentos y qué angustias! ¡Y qué ratos tan amargos desde que la comisión de profesores murcianos llegó con el santo fin de á todos examinarlos! Después de tantos afanes, que son muy propios del caso, el que salió bien, contento y sin pena ha quedado; pero aquél á quien pasó justamente lo contrario anda el pobre taciturno triste, serio, cabizbajo, recordando los paseos que durante el curso ha dado en vez de estar recogido en su casita estudiando. Y si los chicos lo sienten, sus padres más, está claro, como que además de ver tiempo tan mal empleado piensan que han perdido mucho dinero por el muchacho. Porque los estudios, hoy, cuestan, lectores, muy caros y no todas las fortunas están dispuestas á darlos. De manera que el mocito que haciendo el bachillerato pierde—por ser holgazán—siquiera sea un par de años, debía pasar en la cárcel estos meses de verano; porque al fin, con no estudiar, á su padre ha saqueado. Basta de filosofías y á estudiar mucho, muchachos.

Antiguamente los robos se cometían por sorpresa; es decir que los rateros y gentes de esa ralea para colarse en las casas y principiar sus faenas, esperaban que los dueños ausentes de allí estuvieran, ó dormidos cuando menos; hoy no. Los ladrones llegan á la puerta de la casa que eligen, y con franqueza llama nana, dos, tres veces; si entonces no les contestan

sueltan un tiro, y á voces piden los muy sin vergüenzas que se les franquee la entrada al punto. Si aun se les niega siguen los tiros, los cuales exclusivamente cesan en el momento feliz que aparece una pareja—si aparece—que no ocurre esto con mucha frecuencia. Descaro más inaudito á pensarlo nadie llega; solo á casos se le ocurre el solicitar licencia para cometer un robo; ¡quien consiente tiene flemma suponiendo que se encuentre dentro de casa, y las puertas además de ser bien fuertes hermosos cerrojos tengan! Que en otro caso, es decir encontrándose muy cerca el ladrón de su adversario, es lógico que consienta este en todo, siempre y cuando, que libre así su pelleja.

El encierro de esos toros que se debieron lidiar ayer tarde justamente ante el público de Orán, fue aquí un acontecimiento taurómico semanal. Los buenos aficionados á toros y á trasnochar han pasado un par de noches divertidas de verdad, no tan solo por el acto que por sí mucho lo es ya, sino por las peripecias á que al fin dieron lugar, las bromas de los berrendos, que una vez metidos ya con facilidad bastante de la plaza en el corral, volvieron grupa y salieron con mayor facilidad dejando á todos burlados, hasta al propio capitán del vapor donde debían los toritos embarcar. Esos bichos extranjeros son bromistas si los hay.

Un filósofo decía ayer tarde ante un grupo de amigos.

Las mujeres deben á los hombres la mayor parte de sus defectos, y los hombres deben á las mujeres la mayor parte de sus buenas cualidades.

—Vamos—contestó uno del grupo—sin duda por eso mi mujer me ha dejado tuerto.

Jota.

VARIEDADES

NOVELERIAS.

(Colaboración inédita.)

Antes de echar mi cuarto á espaldas en la cuestión que se ventila, atrevimiento para el cual ni aun yo mismo hallo escusa, debo hacer constar que nadie, absolutamente nadie, ha mostrado el menor interés en averiguar mi humilde opinión sobre la materia, siendo esta una de las razones que más me han movido á darla á conocer.

Defecto peculiar de nuestro carácter es el meternos en lo que no nos importa y hablar de lo que no entendemos, y por no desmentir, siquiera una vez, la pícarra condición nuestra, me he decidido á emborronar estas cuartillas, lleno de buen deseo y repleto de justo temor de que algunos hallen extemporáneas las observaciones que en ella he estampado.

Creo yo, y no sé si esto lo ha dicho otro antes, que la novela es algo así como un par de botas, que por bien confeccionadas que estén no todos pueden andar á gusto con ellas.

Casi todo el mundo anda calzado y casi todo el mundo lee novelas, pero ¿qué te sucedería lector amigo si guiado solo por el aspecto exterior te comprases un par de brodequines? Pues sucedería una de estas dos cosas: te estarían anchos ó te vendrían estrechos, y en ambos casos no los podrías usar.

Pues algo así sucede con la novela.

Publicase un libro, encómialo la prensa, acude la gente á comprarlo... y á unos les sienta bien, á otros les viene muy holgado y á otros muy estrecho.

El lector debe convencerse de la dificultad de hacer novelas á la medida; y por lo tanto no debe llamarse á engaño si guiado por la baratura, ó por el anuncio, ó por la reputación del fabricante, compra unas botas... digo, una novela que después le aburre con sus filosofías, le ruboriza con sus naturalidades, ó le saca de quicio con sus inverosimilitudes.

Creo haber demostrado, y si no ha sido así lo siento, que el día que cada uno use del calzado que mejor le sienta y lea las novelas que más le agraden, se habrán acabado los juanetes y las malas novelas.

Porque así como el juanete, según he leído en un manual de zapatero, no es sino la dolorosa expansión de un pie contrariado, la novela mala solo debe este calificativo á la contrariedad que experimenta el espíritu del lector, si este su espíritu se halla bastante iniciado en las sutilezas del arte para que le hayan resultado perceptibles las bellezas de otras obras, cuyo recuerdo ha de pesar con desventaja para la noche mala en las comparaciones que entre esta y otra mejor se entablen. Pero esa misma novela mala, será indudablemente pasto sabrosísimo y deleite de otras personas que no la encontrarían ta-

cha ni concebirían cosa más interesante y acabada.

Los estómagos acostumbrados á succulentos manjares, difícilmente creen pueda un hombre comerse una cebolleta cruda y si ven que efectivamente la come dudan siempre que aquello sea sano y que sepa bien.

Pues sí, señor, es sano y sabe bien; lo que prueba que no hay manjares buenos y malos, ni novelas malas y buenas; hay si manjares mejores y peores y novelas peores y mejores, y hay sobre todo, estómagos de muchas clases, delicados los niños, estragados los otros é incansables los más; estos últimos son completamente felices (es decir sus poseedores) pues á nada hacen ascos y con la misma facilidad digieren las cebollas crudas y las novelas del padre Coloma que el salmón con salsa tártara y las obras de Galdós.

¡Aparte de que nada ha demostrado aun que la cebolla cruda sea más indigesta que la salsa tártara!

Yo, lector, hice días atrás un curioso experimento que á poca costa puedes repetir y quedé convencido de la verdad de cuanto llevo afirmado.

Como tengo muchos libros, debidos unos á la amabilidad de sus autores, y otros, y son los más, á mi dinero, raro es el vecino de mi casa que no me los pida prestados, y esto demuestra lo bien que me llevo con la vecindad y la poca afición que tienen los vecinos á gastarse el dinero en obras; pues bien, hace pocos días, y como si se hubieran dado de ojo, se descolgaron en mi casa pidiéndome un libro cada una de las siguientes personas:

El portero... y con esto está dicho todo.

El vecino del cuarto bajo, comandante retirado procedente del Convenio.

La Marquesa, sin rentas, del principal, señora muy beata y algo carlista por añadidura.

D.ª Enriqueta, la del segundo; el primero fue un título de Castilla que la puso el cuarto que al presente usufructúa un magistrado del Supremo.

La modista del tercero, muchacha que vá para tísica, y ante cuya puerta se para siempre y suspira...

El estudiante de farmacia del cuarto que ahora acaba de examinarse de tercero.

Y nada más, porque tampoco hay más vecinos. Pues bien, al portero, que es también agente de seguridad le proporcioné *La casa del crimen* de Montepin, con la sana idea de ver si le gustaba más la portería de aquella casa.

Al Comandante retirado del bajo le hice entrega de *Mis memorias íntimas*, que aunque digo más, ya sabrás lector que son del General Córdoba.

A la marquesa, sin rentas, del principal la presté *La perfecta casada* de Fray Luis de León, y fué bien servida.

A la del segundo, es decir, á la del magistrado, de la que dice el portero que toda la tierra es suya, la de *La tierra* de Zola, seguro de que en ella ha de echar raíces.

A la modista del 3.º la envié *Oscar y Amanda*, novela inglesa de Mis... recuerdos no llegan hasta el nombre de esta autora.

Y por último el estudiante del cuarto vió el cielo abierto con *La inocente Virginia* de Paul de Koch, que solo conocia de nombre. Todos me dieron las gracias y á los pocos días me devolvieron todas las obras; encantados de su lectura pidiéndome encarecidamente otra del mismo autor y declarándome que cada uno de esos libros es lo mejor que se ha escrito.

¿Qué tal la prueba?

Pues aun hay más, lector; aburrido yo de sus exigencias, ¿sabes lo que he hecho? Pues les he dado las mismas obras, pero en esta forma:

Al portero, *Oscar y Amanda*.

Al Comandante del bajo, *La tierra* de Zola.

A la marquesa del principal *La inocente Virginia*.

A la entretenida del segundo, *La perfecta casada*.

A la modista del tercero, *Mis memorias íntimas*.

Y al estudiante del cuarto *La casa del crimen*.

Con este caprichoso reparto he conseguido dos cosas, afirmarme en mis convicciones de que no hay novela buena ni mala, y que me dejan en paz los vecinos, pues ninguno ha vuelto á molestarme con peticiones á excepción del estudiante del cuarto, que se ha abonado á Paul de Koch y no le deja de las manos; si-gue suspirando como un energúmeno ante la puerta de la modista y por las noche se engolfa en *La casa de los ciruelos*.

La casualidad hizo cayera el otro día entre mis manos un periódico, en cuya tercera plana leí, no sin asombro, las siguientes líneas que copio textualmente, se trata de dos reclamos; indudablemente del editor de dos novelas, cuyo título no hace al caso.

El primer suelto termina así: «Estamos seguros de que las personas nerviosas no podrán leer este libro sin experimentar deliciosas emociones.»

El segundo reclamo, que trata de una novela del género alegre, concluye con estas palabras:

«Nada más á propósito que el libro de que nos ocupamos para combatir el mal humor y desterrar la hipocondría más inveterada.»

A primera vista, solo presentan esas líneas una de las mil fórmulas de que se compone la insustancialidad del anuncio.

Pero reflexionándolo bien, azules en ellos el germen de una completa revolución literaria.

La presente generación, que ha visto nacer y echar los dientes á la novela realista y á la novela naturalista, es la llamada necesariamente á contemplar la novela terapéutica.

El autor de este precioso descubrimiento se habrá sin duda dicho con una lógica contundente:

«Puesto que produzco novelas que tienen una influencia decisiva sobre el mal humor, ¿quién me impide crear libros excelsos para la diabetes?»